

Yolanda Martín López

*Nuevos horizontes por
descubrir*

::

Serie Aurrimar - Preludios



*Para mi padre que ya nos espera en el Otro Lado.
Sin duda el horizonte más lejano y misterioso que nos queda por explorar.*

Nuevos horizontes por descubrir ::

1

Al este, el mar. Al oeste, el mar. Al norte, el mar. Al sur... el cono volcánico que dominaba la isla como un imponente y, en no pocas ocasiones, atronador gigante que vigilara sus infernales dominios desde el despertar del tiempo. La constante humareda que salía de su alta y escarpada chimenea resultaba visible durante el día a kilómetros de distancia. En las profundas noches del infinito océano que les confinaba, el intenso resplandor de sus hirvientes calderas de magma servía como faro a las austeras y marineras gentes de Firsia.

Ikrima se secó el sudor de la frente con la manga de la chaqueta. El rubio y corto cabello del joven firsiano se pegaba a su cráneo como si acabara de sacar la cabeza de un pilón rebosante de agua helada. Era invierno, pero a aquella altura, la sensación de bochorno provocada por los pegajosos vapores de la última erupción, que aún remoloneaban en la cima, resultaba sumamente desagradable. Los pálidos ojos que animaban su sofocado rostro recorrieron el panorama que se desplegaba a sus pies. La noche había cubierto la isla con un fino manto de reluciente escarcha que contrastaba vívidamente con el oscuro paisaje que le había acompañado durante la larga ascensión. ¿Por qué había subido hasta allí en lugar de permanecer como el resto de sus vecinos en las acogedoras y seguras *galerías* que horadaban la isla, como si de un inmenso hormiguero se tratara?

Una fuerte ráfaga de viento procedente del norte le trajo la respuesta. Los faldones de la chaqueta comenzaron a ondear tras él con furiosas sacudidas que le hicieron tambalearse peligrosamente sobre el precipicio. Asentó los pies con firmeza sobre el agrietado suelo de lava y esperó. Sería solo un instante. Unos minutos más y el aire volvería a ser limpio y respirable en su querida atalaya. Cruzó las piernas y se sentó a esperar. En cuanto el primer escalofrío erizó la pálida piel de su cuerpo, se quitó la máscara protectora que le cubría el rostro y aspiró con deleite el salado aire de la mañana hasta que la sensación de calor que había arrebolado sus mejillas desapareció por completo. Le gustaba aquel lugar: frío, agreste, distante y silencioso... ¡como él mismo!

Giró la cabeza a uno y otro lado, estudiando con atención las líneas de los diversos horizontes marinos que conformaban su realidad. Todos ellos diferentes; cada uno dotado con sutiles variaciones y peculiaridades que los hacían únicos a su magníficamente dotada percepción del mar. Las habilidades marineras de su tristemente desaparecida familia eran legendarias en la isla. Y él las había heredado y refinado hasta convertirlas en un arte que muy pocos en Firsia conocían y valoraban. No era persona de muchas palabras. Tampoco tenía a nadie que se molestara en hablar por él. Vanagloriarse de sus logros no formaba parte de su forma de ser.

Se tumbó sobre la espalda y contempló el cielo de un intenso azul libre de nubes. El silencio era absoluto. Ni siquiera las chillonas *cotorras* marinas volaban hasta allí. Nada había para ellas en aquel desolado paraje de serena paz que le relajaba y le hacía soñar. Cerró los ojos. Eran muchas las historias que circulaban en las *galerías* sobre extrañas gentes que vivían más allá de los interminables mares que él conocía. Incluso había llegado a ver de lejos a alguno de esos ocasionales viajeros que se perdían muy de cuando en cuando por sus tierras. Sentía curiosidad por aquellos forasteros de costumbres y formas de vida tan distintas a las suyas. Fantaseaba a menudo con cabalgar una *grésica* y surcar los Mares Turbulentos sobre su ondulante lomo hasta más allá del horizonte conocido.

Se incorporó con un ruidoso suspiro que sonó a frustración. No sabía de nadie que hubiese dejado la isla para visitar nuevas tierras. A todo aquel que lo sugería siquiera se le tachaba de loco e insensato. Las gentes de *más allá* no les inspiraban ninguna confianza a los pacíficos y laboriosos firsianos.

Cruzó las piernas para ponerse cómodo y extrajo del bolsillo de la chaqueta un saqueto de *elemal*. En él guardaba como un tesoro el fragmento de hueso de *tragia* que le había tocado en el reparto de la última cacería. Se trataba de una de las piezas articuladas que constituían la falange del gigantesco y feroz cetáceo. Levantó la pieza entre sus dedos y la estudió con aprobación. Formaban parte del esqueleto de un ejemplar joven, blanco y pulido como el marfil; sin fisuras ni imperfecciones que pudieran echar a perder el delicado trabajo de precisión que estaba a punto de emprender. Ese era uno de los principales motivos de haber subido hasta allí: necesitaba aislamiento, silencio y absoluta concentración para que sus manos no dudaran ni titubearan a la hora de perforar los cinco orificios que transformarían aquel objeto sin vida en el mejor *cuerno de Imar* que hubiera elaborado jamás.

Del bolsillo interno de la chaqueta extrajo un estuche metálico. Lo abrió y eligió el buril curvado con el que delimitaría el lugar exacto en el que irían los orificios del caramillo. El mundo desapareció a su alrededor. Su mente, todos sus sentidos, ya solo visualizaban la forma definitiva que tendría el delicado instrumento. Disponía de una semana para terminarlo. No más. La primera noche de Luna Negra, la bella hija del *trenzador* Cavito, tras estudiar los presentes de sus muchos pretendientes, elegiría al que sería su esposo. Ikrima confiaba ciegamente en su habilidad para encandilar con su arte a la inalcanzable Ingrite.

2

La puerta se abrió de golpe en el burdel *El pacto quebrado* vomitando hacia la sucia calle un nutrido grupo de tambaleantes marinos. Los quince miembros de la tripulación del carguero *Estrella Roja* salían de celebrar con su habitual falta de medida el cierre de un nuevo contrato con Góderic Lansino, uno de los más poderosos e influyentes Señores del río Jhumithera.

Su estado de embriaguez era tal que ni siquiera la pertinaz llovizna que caía sin cesar desde hacía días parecía molestarles. Ferdiag Ysenti, su capitán, caminaba el último, con las manos en los bolsillos del pantalón y aire meditabundo, observando ensimismado sus raídas y ahora mojadas botas. Un molesto escalofrío le hizo levantar el cuello de su gruesa casaca para evitar que el agua que ya empapaba su cabello se escurriera por el cuello y le mojara la espalda. Odiaba la lluvia. El frío y húmedo clima de esa parte del mundo le resultaba desagradable. Una torcida sonrisa animó su apagado semblante al recordar que en un par de días estarían navegando hacia el sur, hacia la soleada y cálida Úrpilon.

Contempló cómo uno de sus hombres tropezaba con sus propios pies y caía despatarrado en medio de un gran charco de barro salpicando a los que caminaban junto a él. Entre estruendosas risotadas de beodos, sus compañeros lo alzaron y lo transportaron en volandas un buen trecho antes de lanzarlo sin ningún miramiento a un abrevadero repleto de sucia agua de lluvia que caía de un resquebrajado canalón.

Ferdiag se acercó y le ayudó a salir, ya que el resto de la tripulación siguió su camino sin preocuparse por la suerte de su cocinero. Le propinó una buena patada en el trasero para que continuara caminando y rogó para que el chapuzón le hubiera espabilado lo suficiente como para no envenenarles durante la cena mezclando ingredientes no deseados como ya había ocurrido en alguna que otra ocasión.

Vio desaparecer a su gente tras la esquina de la calle. Eran escoria. Unos canallas todos ellos, pero leales y valientes como pocos. Lo único que le molestaba de ellos era ese desmedido abuso del alcohol en su tiempo libre que los transformaba en unos completos inútiles. Él distaba mucho de estar borracho pese a llevar horas pegado a una botella de *snaf*; se necesitaba mucho más que eso para adormecer por completo su atormentado cerebro. Se palpó el bolsillo interno de la chaqueta donde guardaba su hierba para fumar. La sintió casi vacía, lo que le hizo fruncir el entrecejo con disgusto. Las drogas del Belonte eran caras y, hasta que no terminaran el nuevo trabajo para Góderic, no dispondrían de dinero suficiente para realizar un nuevo y arriesgado viaje a través de El Nido para conseguirlas.

Sus pies se detuvieron en seco antes incluso de que su mente les diera la orden de hacerlo. Una penetrante y armoniosa melodía flotaba en el ambiente; un sonido extraño y demasiado refinado

para un lugar tan sórdido como aquel. Su despierta mente, educada en la música desde la infancia, supo detectar al instante la belleza de los acordes, la limpieza de la ejecución... Giró sobre sí mismo buscando el origen de tan inesperado regalo para los oídos. A su izquierda se encontraba el mercado de esclavos de la ciudad. De allí parecía proceder el sonido.

La trata de seres humanos estaba prohibida en la Confederación de Puertos, pero aquí, en la ciudad libre de Kriorg-Kalar constituía uno de los negocios más florecientes. Se acercó con curiosidad a echar un vistazo entre los barrotes. En la semioscuridad que reinaba en el interior, un joven sentado junto a la ventana tocaba ensimismado un pequeño y curioso instrumento que nunca antes había visto, pero que reconoció al instante gracias a las descripciones que de él había escuchado: un *cuerno de Imar*.

¡Interesante!, se dijo pasándose la mano por sus largos cabellos para escurrir el agua que chorreaba por ellos. Se acercó a la entrada, hacia el hombre que parecía el encargado del lugar.

—¡Eh, amigo! —dijo tocando en el hombro al corpulento norteño que le daba la espalda.

—¡Qué quieres! —escupió el aludido retirando de un manotazo el brazo de Ferdiag. No parecía del tipo que le gustara el contacto personal.

—Ese esclavo, el rubio que toca... eso. ¿Es smaldiano?

—Supongo —respondió encogiéndose de hombros—. Por su aspecto así lo parece. Pero yo no hago muchas preguntas sobre la mercancía que me llega. Me da igual de dónde proceda.

Ferdiag giró la cabeza hacia el joven que se había quedado en silencio y les observaba sin mucho interés. Rubio y de piel muy blanca bien podía ser un hijo de la gélida Smaldia. Pero él estaba seguro de que no era ese su origen...

—¿Quién lo vende?

—Sirto Nanclar.

—¿El capitán del *Azul Mentiroso*? —exclamó Ferdiag sin poder ocultar su sorpresa. Conocía a Sirto desde hacía muchos años. El despreciable tipejo podía ser muchas cosas, pero no un tratante de esclavos habitual.

—¡El mismo! —asintió el norteño cruzándose de brazos. Parecía estar comenzando a cansarse de tanta pregunta—. ¿Estas interesado en comprar? La subasta será mañana a mediodía. El precio de salida son doscientos cincuenta *chekis*.

—Dos... —Ferdiag tragó saliva. Un precio elevado sin duda, pero bastante más bajo de lo que había imaginado—. Gracias, lo pensaré.

¡Estúpidos!, dijo para sí mismo apretando los dientes con rabia. *¿Doscientos cincuenta chekis por un firsiano? ¡No tienen ni idea de lo que tienen entre manos! Esto no hace más que confirmar lo que ya sabía: Sirto es estúpido.*

Ferdiag dejó atrás el mercado y aceleró el paso para dar alcance a sus hombres. Tomó a su segundo del brazo y lo apartó de los demás.

—¿Qué pasa? —preguntó Friliano exhibiendo la sonrisa bobalicona que se le ponía cuando estaba bebido—. ¿Has encontrado algún nuevo lupanar que quieres que visitemos?

—¿Cuánto dinero tenemos? —preguntó el capitán sin más preámbulos. Friliano era bueno con los números y por ese motivo dejaba en sus manos la bolsa del *Estrella Roja*.

El hombre se llevó la mano al bolsillo del pantalón y sacó unas cuantas monedas que extendió sobre su palma. Las contó con torpeza una por una.

—Yo diría que... cinco *chekis* —dijo mostrándole sus descolocados dientes con estúpida satisfacción—. No creo que nos dejen entrar con esto en ningún burdel por cutre que sea.

—¡Mierda! —escupió Ferdiag pateando el charco que tenía a sus pies.

—¿Tan guapa era?

—¿Qué?

—La puta...

—¡No idiota! Es otra cosa...

—¿Y me lo vas a contar? —El rostro de Friliano parecía haber recuperado parte de su habitual agudeza al observar los nerviosos movimientos de su capitán.

—Al pasar por delante del mercado de esclavos he visto algo... interesante.

—¿Quieres comparar una esclava? —preguntó mirándole con asombro. En todos los años que llevaban juntos ninguno de ellos había mostrado el más mínimo interés por el mercado de esclavos.

—Un esclavo. Es posiblemente la mejor inversión que podríamos hacer en estos momentos...

—añadió con rapidez al ver el gesto de estupefacción de su lugarteniente—. Un firsiano.

—¿Un firsiano? ¿Aquí?

—Al menos eso creo —respondió no muy seguro ahora. ¿Y si estaba equivocado?

—¿Y qué te ha llevado a pensar semejante cosa? ¿Acaso has llegado a conocer a alguien de esa maldita isla? Firsia no es más que un nombre en los relatos que se cuentan en las tabernas de los Puertos...

Sin prestar mucha atención a las palabras de Friliano el capitán del *Estrella Roja* metió la mano en el bolsillo interno de su casaca y sacó el saquete de hierbas.

—¿Ves esto? —dijo acariciando la suave piel de color verdoso—. Es *elemal*, un material completamente impermeable fabricado con una rara alga que, por lo que sabemos, solo vive en Firsia. Me lo regaló Adilaia la última vez que nos topamos con ellos en Puerto Crucero. Una tormenta desarboló el *Pribylon* dejándolo a la deriva. Las corrientes les condujeron hasta la isla. El chico del que te hablo lleva una igual colgada del cinturón.

—Se la pudo dar alguien...

—¡No! —negó con rotundidad. Resultaba demasiado improbable tanta casualidad—. Además, tocaba una especie de caramillo que encaja con la descripción que Adi me hizo de un *cuerno de Imar*.

—¿El cuerno que encanta serpientes marinas? —Friliano entrecerró sus oscuros ojos, cada vez más interesado en el relato de su capitán—. Sí... Olerkrak también me comentó algo de eso la última vez que nos emborrachamos juntos...

Ferdiag sonrió al recordar al gigante smaldiano que formaba parte de la tripulación del *Pribylon*. Un buen elemento en la nave liderada por Adilaia de Galatia, pero también un poco deslenguado cuando dejaba que la cerveza corriera por sus venas.

—Estoy seguro de que el idiota de Sirto no sabe que...

—He oído decir que habían capturado una *grésica* y que la estaban despiezando en la factoría...

—¿Capturado? —exclamó Ferdiag con sarcástica retranca—. ¿De verdad crees que el *Azul Mentiroso* es capaz de semejante proeza?

Friliano negó en silencio con la cabeza. El navío de Sirto Nanclar era aún más cochambroso que el *Estrella Roja*. No resistiría los envites de una serpiente marina por muy escuálida que fuera.

—Estoy seguro de que se la robó al chico... Aunque no imagino cómo pudo hacerlo...

—¿Y qué quieres hacer? —preguntó Friliano cruzándose de brazos y mirando a su capitán directamente a los ojos. La borrachera ya parecía cosa del pasado—. ¿Comprarlo?

—¿No lo ves? —le interpelaba Ferdiag con vehemencia—. Si lo que cuentan es cierto... Sería nuestro salvoconducto para atravesar El Nido sin problemas...

—Eso nos vendría bien... porque cualquier día acabamos en el fondo del mar por culpa de alguna de esas enloquecidas y viejas *grésicas* que pueblan el maldito paso. Solo hay un problema. Ni rebuscando en los bolsillos de toda la tripulación encontraríamos tantos *chekis* como los que necesitas para iniciar la puja; y mucho menos para ganarla si aparece algún entusiasta comprador.

—¿Y el cajón de emergencias?

—¡Este es el cajón de emergencias! —dijo volviendo a mostrarle las piezas de su mano—. Pero no pongas esa cara —sonrió al ver el gesto de desesperación del rubio capitán—. Linia es muy parlanchina cuando se excita y, me ha contado cosas esta noche...

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Ferdiag con avidez volviéndose hacia su lugarteniente. No era la primera vez que la pasión de Friliano por los burdeles les había proporcionado alguna información valiosa.

—De las que nos van a venir bien en esta ocasión. Es posible que la diosa Fortuna esté de nuestra parte —se carcajeó al tiempo que le propinaba una dura palmada en la espalda para animarle.

—¡Habla!

—Por lo visto, esta tarde llega un cargamento destinado al barrio de los plateros. Tal vez pudiéramos sustraer de sus almacenes unos lingotes... Ya sabes... No muchos. Los necesarios...

Ferdiag Ysenti miró con rostro pétreo a su interlocutor tratando de descifrar su pensamiento. Le conocía demasiado bien. Aquella lobuna sonrisa y el acerado brillo de sus profundos y oscuros ojos hablaban por sí solos: Friliano no se conformaría con *los necesarios*. Una pícara mueca animó su semblante. Él tampoco se conformaría. Una vez dentro...

—Es arriesgado —masculló Ferdiag mientras su cerebro trabajaba con rapidez sopesando los pros y los contras—. Tienen mucha vigilancia...

Por mucho que deseara hacerse con las habilidades del firsiano, no entraba en sus planes terminar en prisión justo antes de emprender un lucrativo negocio para Góderic Lansino. El seboso Señor del Pantano no era hombre al que le gustara que le dejaran en la estacada.

—Arriesgado, pero no imposible.

—Los muchachos están demasiado borrachos...

—Solo necesitamos a un par de ellos —insistía Friliano cada vez más entusiasmado por emprender una escaramuza nocturna que podría resultar tan lucrativa—. Los lanzamos al mar y los espabilamos en un santiamén. ¿Qué dices?

La amplia y perfecta sonrisa del capitán del *Estrella Roja* pareció capturar el único rayo de sol que saldría en la neblinosa jornada.

—¿Qué digo? Que por algo te nombré mi segundo de a bordo.

—¡Tú lo has dicho, mi capitán! —respondió el marino taconeando marcialmente con un elegante movimiento que no le cuadraba en absoluto.

Las carcajadas de los dos hombres resonaron por la estrecha calle como los graznidos de una bandada de cuervos haciendo que los pocos transmutes que por ella circulaban se volvieran a mirar con curiosidad.

3

Ikrima se frotaba la muñeca distraídamente mientras contemplaba acodado en la borda cómo la cercana línea de costa se deslizaba con perezosa suavidad ante su asombrada mirada. ¡Parecía increíble la existencia de tal cantidad y variedad de tierras sobre la superficie del mundo! Giró la cabeza hacia atrás. En el otro lado, a babor, un verdor lujurante avanzaba hacia el agua como si quisiera absorberla hasta hacerla desaparecer. Inmensos árboles de aéreas y retorcidas raíces que se sumergían en el fangoso lecho del río formaban su infranqueable avanzadilla.

Se secó la frente con el dorso de la mano. El calor resultaba pegajoso y agobiante. La ropa se le pegaba al cuerpo como cuando se internaba aún vestido en las sulfurosas termas de su casa. Pese a tan molesta sensación, reconocía que la calidez de aquellas regiones situadas tan al sur de su tierra natal le resultaba revitalizante. Levantó el rostro hacia el sol y cerró los ojos por un momento. ¡Tantas cosas habían cambiado desde que dejara la fría y desolada Firsia!

¿Cuánto tiempo había pasado? Casi tres meses desde aquel funesto día en el que se presentó ante la puerta del templo junto con otros ocho esperanzados pretendientes. Recordaba tan bien aquel momento...

Los jóvenes esperaban en silencio ante las puertas del único edificio de la isla erigido en el exterior de sus oscuras entrañas. Construido en roca basáltica se mimetizaba con tanta perfección con el paisaje circundante que pasaba desapercibido para todo aquel que no conociera su exacta ubicación. Únicamente las dos altas columnas que lo flanqueaban, coronadas ambas con la cabeza de una *grésica* de furibunda mirada, indicaban que aquel era un lugar de culto para los firsianos.

El *trenzador* Cavito descendió las toscas escaleras acompañado del *craver* Tosulé que actuaría como oficiante en la ceremonia. Tras unas breves palabras de éste y, a una señal de su padre, Ingrite apareció en la angosta entrada como si saliera de las fauces de algún feroz y primigenio monstruo marino. Enfundada en un vaporoso y ceremonial vestido del color del fuego se asemejaba a una diosa salida del ardiente corazón de la montaña. Sus cimbreantes y provocadores movimientos al

descender por la escalinata y situarse junto a su padre, arrancaron más de un suspiro de los anhelantes jóvenes que aguardaban su decisión.

¡Qué estúpidos!, se reprendió Ikrima al tiempo que sus finos labios se curvaban en un amago de sonrisa al recordar los intensos momentos vividos en aquella desolada planicie que dominaba la bahía.

Aún podía recrear en su mente, con asombrosa claridad, el largo y ondulante cabello de la joven, de un rubio tan pálido que parecía blanco bajo los débiles rayos de un sol invernal. Sus sedosas hebras se agitaban y mezclaban con la deshilachada neblina matutina que poco a poco iba desapareciendo arrastrada por el violento vendaval que se había levantado desde el norte.

Apenas le bastaron unos minutos a la altiva Ingrite para destruir las esperanzas de la mitad de los jóvenes allí reunidos. Se paseó ante ellos. Su dedo descartó a los tres primeros únicamente por su aspecto o procedencia. Los otros cinco exhibieron ante ella sus credenciales. Solo tres lograron pasar el exigente corte: la riqueza de Pote, la influencia de Yío y la habilidad de Ikrima con el *cuerno de Imar*. Transcurrieron varias horas y la joven no parecía decidirse por ninguno de ellos. La expectación era máxima. Sin duda era la mujer más hermosa de la isla, la más deseable. Pero también la más inalcanzable.

Tras una breve consulta con su padre y el *craver*, se llegó por fin a una determinación: se le daría tres semanas más de plazo para demostrar que su propuesta era la más provechosa para la joven y su conservadora familia. En la mayoría de las ocasiones, el amor poco tenía que hacer en los enlaces firisianos. Ikrima no estaba enamorado de Ingrite. En realidad nunca lo había estado de nadie. Simplemente, aquella mujer era... un reto; una forma de demostrarse a sí mismo que podía llegar a ser alguien dentro de la cerrada estructura social de la isla.

¡Tres semanas! Su dominio del *Tamos*, el arte de domar a las terribles serpientes de mar, era lo único que podía ofrecer a la novia... No poseía tierras, ni casa, ni barco... ¡nada!

Marchaba cabizbajo hacia la casa de sus tíos, dispuesto a escuchar sus recriminaciones y sus burlas, cuando una idea brillante acudió a su excitado cerebro: viajaría más allá del horizonte, hacia lo que los viajeros llamaban... El Continente. Una empresa peligrosa que ni Pote ni Yío tendrían jamás el valor de emprender. Le traería a su diosa de fuego un objeto imposible de encontrar en Firsia y con el que esperaba doblegar su voluntad.

Ni siquiera lo meditó. En el fondo, no era la caprichosa Ingrite lo que le impulsaba a emprender tan peregrina aventura. Se trataba de algo mucho más profundo; algo tan enquistado y escondido en su mente que ni siquiera era capaz de percibirlo como un deseo consciente: ansiaba la libertad; escapar de los confines de un mundo que se tornaba opresivo por momentos. La monotonía le asfixiaba, las rígidas costumbres y tradiciones le limitaban...

Bajo el brillo de las últimas estrellas, mientras la aldea aún dormía, descendió hasta la cueva de los Murmullos, hizo sonar el cuerno que había tallado para la ceremonia de elección y convocó a la *grésica* más veloz de su tío. Partió con el corazón palpitante de excitación y esperanza en dirección este, hacia el sol naciente.

No llevaba ni dos días surcando los embravecidos mares cuando divisó las velas de un navío a lo lejos. Hacia él se dirigió en busca de información sobre la dirección a seguir para alcanzar el puerto más cercano. El animal que montaba se mostraba inquieto, reacio a acercarse, poco acostumbrado a la presencia de humanos que no olieran a sulfuro. Consiguió controlarlo con su música y se aproximó al velero. Los tripulantes le recibieron entre temerosos y sorprendidos. Un joven cabalgando una gigantesca serpiente marina no era algo que se viera todos los días. Le invitaron a subir a bordo. Ikrima trató de hacerse entender, pero su cerrado dialecto dificultaba la tarea. Tampoco le dieron oportunidad. Se lanzaron sobre él, le cargaron de cadenas y arponearon a su desprevenida montura hasta la muerte.

¡Y aquí estoy!, suspiró al tiempo que abría los ojos y contemplaba a sus compañeros de viaje afanarse en la limpieza de la cubierta. El capitán Ferdiag habitualmente no se mostraba tan estricto en temas de higiene, pero hoy parecía dispuesto a causar buena impresión en el puerto hacia el que se dirigían.

Ikrima estudió con interés el barco que se había convertido en su hogar. No podía decirse que el *Estrella Roja* fuera un gran navío. Se trataba sin duda uno de los más viejos y destartados que había visto en los puertos en los que habían recalado. Sus carcomidas tripas habían soportado demasiadas cargas (no muy legales por lo que había oído decir) y pedían a gritos un saneamiento profundo. Pero su capitán era un tipo ingenioso, además de excelente violinista, y hasta el momento había conseguido mantener el barco de una pieza. Pero dudaba sinceramente que su buena fortuna durara mucho más sin antes realizar serias reparaciones. No le caía mal el tal Ferdiag. Aunque no hablaban mucho entre ellos ambos compartían el amor por la música y tocaban juntos de vez en cuando para animar a la discolorada marinería.

—¡Eh, tú! —gritó el capitán del barco hacia él—. Mueve ese culo inmediatamente a proa. Estamos llegando. Más vale que te ganes la comida que te damos.

Ikrima dejó su puesto y se encaminó hacia el lugar que el malhumorado Ferdiag le indicaba. Al pasar delante de él se fijó en los azules ojos del capitán: se mostraban enrojecidos y vidriosos, con las pupilas excesivamente dilatadas. Acababa de salir de su camarote donde llevaba horas recluido. Seguramente había estado fumando sin parar en su pequeña pipa de amarillento marfil. Su ropa aún emanaba los suaves aromas de unas hierbas que Ikrima era incapaz de identificar. El habitualmente alegre semblante del capitán se había tornado huraño y silencioso. Hacía dos días que habían tenido un encuentro fortuito con otro barco en alta mar y eso le había puesto de un humor de perros. Había escuchado de forma furtiva una conversación entre Gordo y Friliano. Por lo visto, siempre sucedía lo mismo cada vez que se encontraba con una tal... Adilaia de Galatia.

—Siéntate aquí y observa bien el río —le ordenó el capitán con un gruñido—. Quiero que le indiques al timonel exactamente dónde se encuentran los bancos de arena para no embarrancar. Si no lo haces te venderé en cuanto lleguemos y, ¡créeme!, en Úrpilon no son tan considerados como nosotros.

—Y menos con un tipo guapo y blanquito como tú—se carcajeó el feo Guirni situado tras la rueda del timón.

Remontaron el caudaloso delta del Jhumitera sin ningún contratiempo. Aunque los instintos del firsiario se desenvolvían mejor en las ondulantes aguas del océano su percepción del líquido elemento era tal que no le costó ningún esfuerzo adaptarse a las dulces y cambiantes aguas sobre las que navegaban. Las señales que el río le mostraba resultaban tan claras para él como si las leyera sobre un mapa dibujado con firmes y precisos trazos.

Caía la tarde, Ikrima se quedó sin aire al levantar la mirada del sucio caudal y enfocarla en los majestuosos edificios que poco a poco se aproximaban a ellos. Sus altos muros resplandecían con fulgores de rubí al reflejar los declinantes rayos solares. El *Estrella Roja* había sustituido sus velas por los remos cortos para circular entre aquellas exuberantes orillas plagadas de vida.

—Impresionante, ¿verdad? —dijo Ferdiag a su lado—. Que no te engañe su belleza...

Ikrima miró de reojo a su capitán. ¿Qué habría querido decir? Los azules ojos del hombre escudriñaban entrecerrados cada uno de los blancos edificios que se sucedían a su paso. Por fin le indicó con la mano al timonel el complejo que se encontraba a unos doscientos metros. Parecía su destino.

—¡Úrpilon! —suspiró Friliano llegando hasta ellos—. Hacía mucho tiempo que no nos acercábamos por aquí.

—Sí —respondió Ferdiag con voz desprovista de emoción, sin quitarle ojo a los saltarines *correosos* que a esas horas de la tarde se alimentaban sobre las aguas—. La húmeda y cálida Úrpilon. La blanca Úrpilon. La ciudad de las cúpulas de cristal y los palacios de mármol... —recitaba como si estuviera recordando algún texto leído en algún remoto punto de su pasado.

—Un paraíso en la tierra —asentía Friliano con mirada soñadora, pensando sin duda en los placeres que le esperaban.

—Una hermosa y engañosa visión en la distancia —continuaba Ferdiag dirigiéndose a su esclavo como si quisiera aleccionarle—. Pero cuando te acercas lo suficiente... La verdadera esencia de esta ciudad puedes verla aquí—señaló con la mano hacia el río—, en sus sucios y putrefactos lodos. ¿Lo hueles? Es el aroma de su depravación...

—De menudo humor nos hemos levantado hoy... —silbó Friliano sin poder contener una seca carcajada que mucho tenía de reproche.

—¿Acaso no es cierto? —respondió el capitán en tono airado—. Tras el lujo y la sofisticación de estas altas fachadas que ves se esconde el vicio y la perversión más absolutos —dijo nuevamente hacia Ikrima que le contemplaba en silencio sin saber muy bien cómo interpretar aquella agria diatriba—. Ciudad del juego y las pasiones desastadas. Cualquier oculto vicio o deseo que anide en el alma humana puede aquí convertirse en realidad sin ninguna consecuencia; siempre al margen de las leyes divinas o humanas. Todo está en venta en la vieja Úrpilon: esclavos, joyas, drogas, virginidad, pureza, vida, muerte... Sólo se necesita oro con el que pagar.

—¡Vamos, Ferdiag! —Friliano chasqueó la lengua con disgusto—. Estás asustando al chico.

—Eso pretendo.

—Le vas a aguar la diversión.

—¿Diversión? —Se giró hacia su lugarteniente con el ceño fruncido. No era un secreto para nadie: la catadura moral de Friliano dejaba mucho que desear—. Yo le recomendaría quedarse en el barco, que no se deje ver. Ya sabes lo aficionado que es Góderic a las *novedades*. Y sería mejor que esta no la conociera.

¡Maldita sea!, se recriminó a sí mismo con dureza. *¿Qué me importa lo que le pueda suceder a Ikrima? No es más que un esclavo por el que pagué un elevado precio.* Pero sabía que eso no era del todo cierto. Había llegado a apreciar al silencioso y taciturno joven más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

Eres más inocente que un firsiano, le había dicho Adilaia entre risas cuando pretendía jactarse ante ella de su nueva adquisición. No sabía lo que había querido decir y eso le enfurecía. Aquella maldita mujer poseía una inteligencia críptica que le desafiaba y le sacaba de sus casillas... Sus fugaces encuentros constituían un tormento que constantemente le recordaban quién había sido en otra vida y en qué despojo se había convertido. La odiaba por ello...

Pero la maldita zorra tenía razón en una cosa: el joven firsiano nada sabía del retorcido mundo al que había arribado con estúpida temeridad. Sería presa fácil para los degenerados que hasta allí se acercaban en busca de placer. *¡Y no quiero perderle! Es demasiado valioso para nosotros.*

—¡La decisión es tuya! —le dijo a Ikrima poniendo los brazos en jarras y mirándole directamente a los ojos—. Nunca te he prohibido deambular libremente por los Puertos de la Confederación. Pero en esta ocasión te aconsejo que permanezcas en el *Estrella*. ¡Hazme caso!

Ikrima contempló en silencio cómo se alejaba seguido del malhumorado Friliano, que sin duda había planeado divertirse en la ciudad a costa de su esclavo. Aún no les conocía demasiado bien pero había llegado a respetar al capitán. Le observó mientras dirigía las maniobras de ataque en lo que parecía un embarcadero privado de delicada arquitectura.

Se acodó en la borda y volvió a acariciarse la muñeca donde una estrecha banda de hierro mostraba al mundo su condición de esclavo y el nombre de su dueño. Ya no era libre. Otra persona dirigía ahora su destino. Aquella fea pulsera le había arrebatado el control sobre su vida, pero le había proporcionado otro tipo de *libertad*. Algo de lo que jamás habría podido disfrutar en la aislada y anodina Firsia: todo un mundo por descubrir.

Había días en los que echaba de menos las duras y áridas formaciones volcánicas de su tierra; la suave temperatura de las *galerías* donde se desarrollaba la vida de los firsianos; la salada brisa golpeándole el rostro mientras cabalgaba sobre una salvaje *grésica*... Pero los días en los que soñaba con el regreso cada vez eran menos frecuentes. Eran tantas las maravillas que había contemplado en aquellos meses de navegación en el *Estrella Roja*...

Contempló extasiado los altos muros de mármol que recogían los rayos de un sol ya declinante; las llamativas y vaporosas vestimentas de las gentes que habían acudido a recibir a Ferdiag y a su tripulación; los exóticos animales y plantas que poblaban aquel fascinante mundo... No, no sentía prisa por volver. Aún había tantos y tantos nuevos horizontes que descubrir...

Fin